



Reflexiones Finales

El desarrollo humano a escala de los peruanos: Un país a construir con sus gentes y potencialidades

El Perú es un país que en su difícil geografía alberga muchas potencialidades, tanto en recursos naturales como en capital físico –fábricas, maquinaria, infraestructura productiva- y capital financiero. Pero sobre todo, cuenta con personas con talentos y atributos que conforman la dotación de su capital humano. Sin embargo, todos estos recursos se encuentran desigualmente distribuidos en el territorio y son insuficientemente utilizados. Esto trae como resultado que más de la mitad de la población viva en situación de pobreza, que exista un contingente creciente de desempleados y subocupados y que los procesos de articulación productiva sean muy débiles.

Cuando se revisa la historia económica y social del Perú, se constata la variabilidad de los enfoques económicos y las inestabilidades políticas en las que se ha debatido. El país ha mostrado una irregular alternancia entre el modelo primario exportador de economía abierta y los intentos de establecer un proteccionismo industrializador.

Esta situación desorganizó periódicamente el sistema de precios y dio pésimas señales a la inversión privada, nacional o extranjera. Las tasas de interés -también oscilantes- no pudieron mantener largos procesos de acumulación. Asimismo, el tipo de cambio de largo plazo no ha sido un incentivo para la inversión en exportaciones no primarias, y los sueldos y salarios reales han tendido a la baja, sin poder mantener una demanda efectiva creciente.

Por si fuera poco, el Perú padece una restricción externa considerable según la cual cada peruano nace debiendo mil dólares y la cuarta o quinta parte de los recursos fiscales anuales deben saldar una deuda que se renueva infinitamente. Frente a esta situación, ni el Estado ni el mercado han actuado con eficiencia como para adquirir la fortaleza que resuelva estos seculares problemas.

Los efectos de la evolución económica en la política fueron determinantes, pues no permitieron el establecimiento de un sistema político estable, capaz de desarrollar una democracia sólida y duradera. A su vez, la inestabilidad políti-

ca condicionó la evolución económica, generando una retroalimentación de problemas.

A pesar de estos contrastes, el Índice de Desarrollo Humano (IDH) se duplicó entre los años 1940 y 2000. En este lapso, la esperanza de vida y el alfabetismo se duplicaron, la matriculación secundaria se incrementó trece veces y el ingreso familiar per cápita se duplicó, siendo que en la actualidad es apenas superior a la mitad de lo que fue hace treinta años.

Los datos indican que al menos en cobertura, los niveles de la salud y la educación se han elevado y el progreso tecnológico ha sido asimilado. No tanto como se quisiera, pero en el saldo, mejoraron. Un actor principal de esta mejora ha sido el Estado. Es la acción pública en educación y salud del “Estado Benefactor”, la que ha provisto las bases materiales del capital humano, dotándolo, además, de activos que difícilmente se pierden o revierten. Tal es el caso del nivel educativo o el estado de salud adquirido por las personas, que no han retrocedido frente a las crisis económicas.

El mercado, en cambio, si bien ha crecido junto con la expansión económica y poblacional, ha tenido para la gente beneficios fluctuantes, períodos de auge y depresión. En los medios urbanos, cuyos ingresos se redujeron en las últimas décadas, existe la sensación de que cualquier tiempo pasado fue mejor.

Pero además del Estado y el mercado, el desarrollo humano ha tenido como protagonista a la propia población. Ella se ha ido trasladando y concentrando, allí donde el mercado se hacía presente para brindar empleo y oportunidades de ingreso, y donde el Estado tenía establecidos servicios de salud, educación o iba instalando facilidades para la ocupación de terrenos y la provisión de servicios de agua y luz, para atender a los nuevos contingentes humanos que migraron básicamente de la Sierra hacia centros urbanos costeros.

La redistribución espacial de la población ha actuado como un sistema de vasos comunicantes que ha permitido un equilibrio, si se quiere inestable, entre la población, sus oportunidades y

No hay políticas – en la economía o en cualquier otro ámbito de la actividad- que puedan considerarse exitosas, si no persiguen paralelamente el bienestar material y espiritual de las personas

recursos. Las personas han ido buscando dónde trabajar, dónde instruirse, dónde conseguir salud para sus familias. Los privilegios de Lima y las adversidades de las provincias que existían en 1940, hubieran sido insostenibles cuando la población se multiplicó explosivamente, y de no haber existido esta redistribución espacial, una catástrofe social hubiera sido inevitable. Han sido los propios peruanos, quienes la han evitado.

Estas comprobaciones de la Historia, son las que dan fortaleza y animan la adopción del paradigma del Desarrollo Humano. Mucho más que un modelo económico, lo que se requiere es asumir una concepción humanista, que coloque al hombre en el centro de todas las preocupaciones.

Si la concepción del desarrollo humano se ha venido extendiendo en el mundo, es porque tiene como estandarte los valores más trascendentes de la cultura, y los coloca apropiadamente en un lugar superior al de las circunstancias materiales. Porque integra al hombre a su medio natural y defiende el medio ambiente como un compromiso para con las generaciones venideras. Porque promueve equidad de oportunidades. Porque encuentra en la organización y participación de los hombres, su instrumento principal.

Al adoptar este paradigma, se establece una invocación de principios: el comienzo, el fin y el actor principal del desarrollo, son los seres humanos. No hay políticas – en la economía o en cualquier otro ámbito de la actividad- que puedan considerarse exitosas, si no persiguen paralelamente el bienestar material y espiritual de las personas, y si no se las considera en las decisiones y en las realizaciones.

Con mayor razón se necesita en el país volver a estas ideas esenciales, cuando se tiene evidencia que el progreso en desarrollo humano del Perú, a pesar de sus avances, ha sido menor que el de los países vecinos. El péndulo peruano, el paso periódico de la democracia al autoritarismo, del populismo al liberalismo y de la ortodoxia a la heterodoxia económica, ha tenido efectos nocivos en el desarrollo, haciendo cada vez mayor el rezaño peruano en el contexto regional. La inestabilidad, que podría tener un sello republicano, ha desembocado en las décadas recientes en una crisis prolongada, en la que han confluído las presiones externas con periodos altamente inflacionarios, recesión productiva, terrorismo, violencia social, autoritarismo y corrupción en escalas anteriormente no conocidas.

Este largo período sin hallar salidas económicas para dotar al país de un crecimiento estable, ha deteriorado, en general, la autoestima de los peruanos. Esta depreciación colectiva es fuente

de inseguridades, de apatía y fatalismo, cobrando desgraciada vigencia la frase callejera de “las cosas siempre han sido así” o “esto nadie lo cambia”.

La crisis y la desazón no son semejantes para todos los peruanos, como que son también diferentes sus esperanzas. Cuando se ha aplicado dentro del país la estimación del Índice de Desarrollo Humano (IDH) se ha hallado que éste asume valores sumamente desiguales entre las provincias. Esto se debe a múltiples factores geográficos, legales, sociales, étnicos y culturales, que han hecho que en el Perú la igualdad ciudadana todavía sea una meta a alcanzar y no una realidad, lo cual impide mayores niveles de organización para participar en la política y en la sociedad.

Los peruanos tienen, sin embargo, importantes reservas morales y de voluntad. Los sectores con menores índices de desarrollo humano - sobre todo por su menor escolaridad y menores ingresos - como es el caso de las mujeres y los jóvenes, son a la vez los que han puesto en marcha recientemente los más positivos cambios. Han mejorado enormemente su educación y su participación en el mercado de trabajo, y han sido gestores decisivos en la defensa de la vida ante los procesos de ajuste y en la recuperación del estatus democrático nacional.

El desarrollo humano, medido a través del IDH, muestra serias desigualdades espaciales que reflejan el contexto económico inequitativo: los índices más altos se centralizan en Lima Metropolitana, en las provincias de Costa, en las áreas de mayor concentración demográfica, en las zonas más urbanas, y en las que están más cerca de las capitales. También se observa que, en general, las provincias con altos IDH no irradian desarrollo hacia sus entornos, sobre todo en la Sierra y en la Selva.

No se ha alcanzado los niveles deseables y posibles en el desarrollo humano, y no es precisamente por inexistencia de recursos. Todas las regiones del Perú tienen una combinación distinta de recursos útiles para el desarrollo humano. En la Costa, el mar y los valles costeros han permitido la supervivencia y desarrollo de múltiples culturas prehispánicas y han favorecido también la formación de ciudades importantes en el último siglo. En la Sierra, los recursos agrícolas han sido más limitados, pero los pastos y los recursos mineros han compensado esas carencias. En la Selva, se ha explotado el caucho y el petróleo, pero las enormes posibilidades de sus ríos y del bosque amazónico recién comienzan a ser evaluadas.

Los obstáculos para un mayor avance del desarrollo humano han sido la baja disponibilidad de capital físico y, sobre todo, el lento progreso relativo del capital humano. En aquellos lugares con riquezas naturales, que son explotados con capital y tecnología apropiada, con gente capacitada, el IDH creció con rapidez y se mantiene más elevado.

En este Informe se plantea precisamente que si el desarrollo humano es el proceso de ampliación de oportunidades, capacidades y derechos de las personas, una de las vías más adecuadas para lograrlo es a través de la mayor utilización de las potencialidades. Se define a éstas, como los recursos y capitales no utilizados, utilizados insuficientemente o mal utilizados. Y se postula que su puesta en valor depende de su combinación óptima, en un entorno favorable, y con la activa participación de las personas y sus organizaciones.

Si los distintos tipos de capital – natural, físico y humano- y sus potencialidades se usan adecuadamente, las personas pueden generar más producción, tener empleo, lograr mayores ingresos y disfrutar de lo que hacen; en consecuencia, pueden ampliar sus libertades. La experiencia peruana así lo demuestra, y demuestra también que la mejor combinación suele ser la de recursos humanos con capital físico, pues cuando esta combinación se produce, el IDH es mayor. Pero quizás lo más importante sea la verificación de que estas potencialidades existen, y que en el futuro serán mayores.

Existen varias experiencias que muestran que una articulación adecuada de capitales y entornos es posible y que esta genera desarrollo compartido entre todos los que participan. El desafío es cómo generalizar estas prácticas a más ámbitos y cómo hacer que los gobernantes –del gobierno central, de los gobiernos regionales o locales- y los empresarios incorporen la filosofía de que el desarrollo humano es posible si los factores abundantes y las potencialidades se pueden usar extensiva y sostenidamente.

Los IDHs provinciales, indican también mayor desarrollo en las provincias donde se han generado mercados, así fueran solamente locales. Estas son a su vez las provincias en las cuales hay más empresarios y una cultura empresarial. El desarrollo se hace presente allí donde hay más procesos creativos, no sólo en el plano de la producción, sino también en el plano social, cultural e inclusive del esparcimiento.

La idea de asociarse, de colaborar, de juntar fuerzas individuales para potenciarlas en mayores escalas, es otro factor fundamental en países como el Perú, caracterizado por la pequeña y

mediana producción en casi todos los sectores económicos. Las ideas de cooperación para la competencia, la unión para la fuerza, las economías de asociación, la disciplina individual y social, constituyen verdaderos motores para alcanzar objetivos que individualmente son muy difíciles o no se pueden lograr.

Estos factores hacen que las potencialidades puedan convertirse en realidades de manera mucho más rápida y multiplicativa. Es decir, la “habilidad social” de combinar distintos tipos de capital, no usados, inadecuadamente utilizados o el de descubrir nuevos capitales, es uno de los medios más importantes para lograr desarrollo humano. Esta habilidad social es, sin embargo, una mezcla que depende mucho de aspectos estructurales y culturales, es decir, de las dotaciones de factores y capitales inicialmente establecidos, de arreglos políticos y de las actitudes de las personas para generar sinergias en el uso de sus potencialidades.

Según el cuadro descrito, se constata que para promover el desarrollo humano es necesario que haya voluntad política explícita para afrontar ese reto colectivo y que se pongan la eficiencia, la equidad y la libertad como los principales valores que sustenten el estilo de desarrollo que se quiere adoptar en el largo plazo. Es necesario, así mismo, que se mantengan las metas de manera estable y acumulativa en el tiempo, además de ser amigables con la sostenibilidad del medio ambiente. Para ello, se requiere de un contexto institucional, que facilite y aliente la participación de las personas en las distintas esferas de la sociedad.

El desarrollo humano es un derecho que es necesario ganar, haciendo sentir las voces de los menos favorecidos, y es a la vez un deber de los más favorecidos escuchar estas voces e incluir sus demandas, a través de los canales institucionales más adecuados. Se requiere para este fin, desarrollar el capital social, a través del fortalecimiento de los partidos políticos, gremios, organizaciones de base, clubes, cooperativas, comunidades campesinas y nativas. Se requiere, en general, de una sociedad civil organizada, con instituciones firmes y plena conciencia del deber social.

Se ha observado además, a través de los debates impulsados para analizar el contenido de este Informe, que existen factores que han condicionado o retardado el uso de las potencialidades. Se trata de carencias sociales que tienen tanta incidencia como las materiales para que el desarrollo humano no haya sido un proceso más acelerado, más inclusivo, más equitativo y más estable.

El arte de hacer desarrollo resume, en verdad, el talento de una sociedad, que convierte sus necesidades en virtudes y organiza sus potencialidades en factores del desarrollo.

La débil identidad nacional y la falta de confianza de los peruanos en sí mismos, anteriormente mencionada, es un factor condicionante de cualquier alternativa colectiva. La falta de niveles mínimos de disciplina en el trabajo, en la organización, en los compromisos, encarece innecesariamente los procesos económicos. La creciente corrupción, la doble moral - presente en casi todas las actividades cotidianas - produce efectos tan perversos como el de hacer creer a la niñez y a la juventud, que esa es la vía que conduce al triunfo material y, por ende, al prestigio social.

La discriminación, la exclusión y los prejuicios que se alimentan de la baja identidad nacional, son algunos de los déficit que hay que analizar con profundidad y sobre las cuales deberán adoptarse acciones correctivas -que incluyen el ejemplo en el comportamiento de las autoridades, tanto del sector público como del privado para evitar que se constituyan en factores atrofiantes del desarrollo humano.

Tratar de promover los factores favorables al desarrollo humano y revertir todos aquellos desfavorables, constituye quizá el más complejo desafío para toda la sociedad. El arte de hacer desarrollo resume, en verdad, el talento de una sociedad, que convierte sus necesidades en virtudes y organiza sus potencialidades en factores del desarrollo.

Este quehacer colectivo requiere instrumentos de conocimiento y gestión. En especial, de la posibilidad de contar con estadísticas adecuadas. El grado de conocimiento de la población acerca de su propia realidad y sus posibilidades de modificarla ha sido un tema constante de preocupación no solamente de este trabajo, sino de todos los que alguna vez se han propuesto enfrentar de manera organizada los retos del desarrollo.

La eficaz combinación del IDH provincial, como un excelente instrumento de vigilancia del avance, estancamiento o retroceso de los procesos locales y regionales con las estadísticas de potencialidades a estos mismos niveles, puede convertirse en un mecanismo poderoso del desarrollo humano. Las autoridades podrían favorecer la instalación de "Observatorios Regionales del Desarrollo Humano" donde tanto el Estado, la sociedad civil y las instituciones académicas encuentren información y un ambiente propicio para diseñar una mejor asignación de recursos y para orientar las políticas de desarrollo local o regional. Sin embargo, para que este proceso ocurra se necesita fortalecer las bases de generación de datos, simplificarlas para hacerlas económicas y oportunas, y ponerlas al alcance de la población en general y no sólo de los especialistas.

Una lección que proviene precisamente de la lectura conjunta de las potencialidades nacionales y de los IDH, es la que atañe a la propia naturaleza del desarrollo. Como constatación de la historia y de la experiencia mundial, los recursos naturales no aseguran desarrollo; sucede, más bien, casi lo contrario. La agricultura, la pesca y la minería logran algún grado de evolución en la escala del IDH cuando originan, así sea parcialmente, procesos de industrialización.

El desarrollo humano está asociado a los procesos de industrialización y urbanización. La transformación de las materias primas eleva, no solamente los ingresos y la capitalización - esto también pueden hacerlo los recursos naturales intensivamente explotados-, sino además hace que se beneficien más personas, generando cadenas productivas y creando efectos multiplicadores en los servicios. La industria genera mayores posibilidades al capital humano: asocia, estimula, organiza, dinamiza. Exige, por otro lado, la presencia de la ciencia y la tecnología como un elemento esencial. Obliga a la competencia y a la competitividad, es decir, moviliza todos los capitales en pos de la productividad.

Una actividad que tiene también estas características articuladoras es el turismo, la "industria sin chimenea". El Perú cuenta con grandes reservas aún no explotadas, para que el turismo sea una fuente muy importante de su desarrollo. Esta actividad no solamente crea volúmenes considerables de empleos permanentes sino que "vende" una imagen de país en el mundo que abre las puertas a otros tipos de inversión.

Las necesidades de modernización y de contacto con el mundo, se hacen más evidentes ante los actuales procesos de integración y globalización mundial. La perspectiva de las potencialidades obliga a reconocer los recursos y capacidades nacionales, y a la vez, urge a mirar hacia fuera, hacia la conquista de los mercados. Los años recientes han sido años de pérdida de oportunidades para el país, que ha sido sobrepasado en la carrera comercial y que continúa todavía en desventaja dentro de la economía global. La posibilidad de vincular nuestros pueblos con la demanda del Primer Mundo, no es una posibilidad remota. Se requiere con premura que se establezcan prioridades muy claras y firmes intenciones políticas en esta dirección, para que no se siga postergando la posibilidad de ingresar al mercado mundial haciendo valer la enorme variedad de recursos naturales que la naturaleza ha prodigado al Perú.

A lo largo de todo el Informe hay un mensaje esencial, un núcleo que recorre sus páginas: el Perú cuenta con los elementos necesarios para salir de su actual retraso económico y social. No

es un país desprovisto de porvenir, cuyo camino hacia el bienestar esté definitivamente cerrado, a pesar de las serias dificultades que el subdesarrollo pone en su camino. Es un país que tiene futuro: es polimetálico, tiene el mar más rico del mundo, una enorme variedad ecológica, capacidad instalada ociosa en industria y servicios y un pueblo siempre creativo.

Este Informe invita a mirar el futuro con otros ojos. Induce a cancelar la cultura de la mano extendida y a agudizar la visión sobre las capacidades de las propias organizaciones locales. Fomenta la empresariedad, la creatividad y el fortalecimiento de los liderazgos individuales que tienen efectos colectivos. A estos elementos se les ha denominado las “chispas del desarrollo”.

El Informe no pretende definir un modelo ni establecer pautas de lo que debiera ser el cauce del desarrollo humano y las condiciones que debe reclamarse a la economía y la política para que este desarrollo sea alcanzado en el Perú. Sí reconoce, en cambio, la importancia del debate sobre las políticas públicas; sobre las necesidades de la organización de la población; sobre la conveniencia de contar con un contexto económico e institucional adecuado; y sobre la necesidad de vivir en libertad y democracia.

Sin libertad humana las personas no pueden desarrollar sus capacidades ni ejercer sus derechos. Sólo en libertad se puede participar en las decisiones que afectan la vida de cada uno. En consecuencia, ni las dictaduras ni los totalitarismos son marcos adecuados para el desarrollo humano. Puede haber desarrollo material, incluidas mejoras de capital humano, pero en las dictaduras no hay desarrollo humano. Y las tiranías tienen siempre un límite de tolerancia circunstancial, generan corrupción e injusticia y terminan haciendo reaccionar a las personas cuando éstas sienten que sus vidas han sido invadidas, que sus oportunidades están restringidas, y cuando su razón no admite el deterioro de la moral.

Por lo tanto, la democracia, que va mucho más allá que las elecciones periódicas, es la que mejor entorno provee al fortalecimiento y ejercicio pleno de la participación, al respeto por las opiniones, al acceso a las discusiones en condiciones paritarias; en fin, a la ciudadanía.

Para que la ciudadanía no sea una ficción periódica, la democracia debe instalarse en las células económicas –las empresas–, en las células sociales –las familias–, y en las células políticas –los partidos– y en los gobiernos vecinales. Estos diversos crisoles de ciudadanía darán como resultado un nuevo tipo de peruano: honesto, solidario, responsable y libre para la creación productiva, artística o espiritual.

Pero esto, solamente se logrará con un cambio fundamental de actitudes. El Perú tiene que cancelar la cultura del asistencialismo y la manipulación. Aun en las políticas sociales, vistas como la acción contracíclica de ajustes y desbalances económicos, debe comprenderse que se sustentan en la participación, que no son dádivas, que son un derecho, pero también tienen una contraparte de obligaciones.

Organizarse para el reclamo, parece justo. Pedir, a fin de cuentas, es una derivación de la necesidad y la impotencia. Pero hay que organizarse también para hacer brotar iniciativas, para buscar oportunidades, para discutir las condiciones que impiden su realización, para resolver los problemas y avanzar. El desarrollo humano es una conjunción de deberes y derechos, pero todavía no se han sido frecuentes las marchas callejeras para reclamar tareas, ni los foros de alto nivel para asumir responsabilidades.

El Informe no deja de señalar las carencias nacionales, pero es esencialmente optimista. Tiene motivos para ello, tanto en la tradición, como en la realidad presente, y sobre todo en las grandes corrientes de la economía y la sociedad que determinarán el futuro. La disminución inevitable de la presión demográfica, la afirmación democrática internacional, la globalización entendida como una comunicación con el mundo y una senda hacia una humanidad más igualitaria, los beneficios de la expansión educativa –aun cuando se requiera mejorar la calidad de la misma–, la progresiva acumulación de infraestructura básica, la ampliación de las relaciones entre los peruanos; son algunas de las razones para ser optimistas.

Alcanzar el buen gobierno y la prosperidad colectiva es una responsabilidad de cada uno, sin excepciones: las entidades académicas, las instituciones laborales y empresariales, las organizaciones regionales, la burocracia gubernativa, los estudiantes y amas de casa, los pequeños productores, los trabajadores independientes de la ciudad y el campo. Todos pueden encontrar su lugar en la gesta por una nación diferente, que emerja de su crisis con otras fuerzas morales y renovadas sus energías por la esperanza.

Hace 70 años el maestro Jorge Basadre ya contemplaba al Perú como un problema y una posibilidad. Sin dejar de ver los problemas, este Informe insiste en las posibilidades y provoca el debate sobre sus dificultades y condiciones. Por eso, el Informe prefiere ser más que una contribución acabada, una invitación a discutir sobre el futuro. O para volverlo a decir con las palabras del maestro tacneño, induce a organizarnos en la búsqueda de la promesa de la vida peruana.

Este Informe invita a mirar el futuro con otros ojos. Induce a cancelar la cultura de la mano extendida y a agudizar la visión sobre las capacidades de las propias organizaciones locales.